

rea. Después de terminada nos asombra la claridad, precisión y rigor que ha sido puesto, y puesto también «a disposición» del lector, sobre temas difíciles unos, huidizos a causa de su novedad otros.

Estas once lecciones de filosofía constituyen una aportación de primera fila al repertorio filosófico de nuestro tiempo.

MARÍA RIAZA

PIETTRE, André: *Marx et le Marxisme*, Presses Universitaires de France, París, 1957, VIII-234 páginas.

Este libro consta de dos partes. La segunda consiste en una serie de anejos compuesta por textos de escritores premarxistas y marxistas acerca de puntos cruciales del pensamiento filosófico y político. La primera forma el estudio propiamente dicho del autor.

Presentando a Marx y a Engels en sus datos biográficos, hace notar Piettre que el socialismo marxista coexiste, en el siglo XIX, con el socialismo romántico y con el democrático. Pero el pensamiento alemán donde los fundadores beben más directamente su caudal es el hegeliano. La historia demuestra que todo deviene. A su vez, las fuerzas históricas actúan dramáticamente. Por ello, su explicación no es exterior, sino interior, en función de las fuerzas que en su seno se desarrollan.

Unas de estas fuerzas son la miseria y el proletariado. El marxismo es un esfuerzo para probar que la historia demuestra el protagonismo del proletariado. En sus aspectos generales, el marxismo es: un filosofía de la historia, una economía que aplica los supuestos de dicha filosofía y una revolución que pone en práctica una acción para aprovecharse de las contradicciones que la filosofía y la economía encuentran en el régimen capitalista.

Esta concepción de la historia radica en Hegel. El sentido y los fundamentos de la dialéctica hegeliana, cuyos precedentes constan desde Heráclito, se refieren a la filosofía del *devenir* —opuesta a la filosofía del *ser*—. Es muy adecuada a la mentalidad alemana, cuyo principal verbo auxiliar es el verbo devenir (*werden*).

La primera aplicación de la dialéctica histórica es que se enuncia como filosofía del progreso. En segundo lugar, este progreso resulta de la lógica de las fuerzas vitales.

El mecanismo de la dialéctica se comprende en tres momentos: la afirmación (tesis), la negación (antítesis) y la negación de la negación (síntesis). Este mecanismo se aplica por los socialistas al fenómeno jurídico elemental: a la apropiación. Proudhon había profetizado ya que la tesis era la propiedad comunal; la antítesis, la propiedad privada, y que era necesario descubrir la síntesis de este movimiento dialéctico. Marx y Engels lo hicieron así, inventando la fórmula definitiva: el marxismo (comunismo).

Hegel había tratado de los movimientos dialécticos como fenómenos ideales. Marx, a su vez, imaginó su eficacia en el mundo entendido como realidades materiales.

El materialismo filosófico tenía el precedente del materialismo ateo de Feurbach. El humanismo feurbachiano fué el modelo del marxista. Pero fué también rebasado mediante la dialéctica, dando paso al materialismo dialéctico. Del materialismo dialéctico, que veía en la organización capitalista la enajenación del hombre, se pasó al materialismo económico, cuya formulación había sido hecha por Moisés Hess, maestro de Engels y uno de los pensadores del grupo de la «izquierda hegeliana».

El materialismo histórico es una visión económica de la historia, así como una interpretación histórica de la economía. Proporciona una forma absoluta del determinismo económico, atenuada posteriormente por Engels. En su concepción cobra importancia eminente la apreciación sociológica de las estratificaciones de las fuerzas humanas, en clases económicas, o sea en clases explotadoras y clases explotadas, cuya conciencia es preciso formar para que, mediante la lucha, se libren de dicha explotación que las enajena de la humanidad.

De ahí que la filosofía marxista sea también una filosofía de la acción de la *praxis*. La acción es llave del pensamiento. El protagonista de toda conciencia y de toda filosofía es el *homo faber*. El trabajo es el instrumento de la formación de conciencia y de convertirse en hombre, mediante el dominio de la naturaleza exterior y mediante la evitación de la explotación.

Los datos económicos que intervienen en esta filosofía son muy complejos. Pero su interpretación es muy simple: el régimen capitalista es esencialmente condenable en sí, puesto que se basa en la explotación de unos hombres por otros. Pero, además, está condenado inexorablemente por la realidad histórica, que pone de manifiesto fuerzas que en su propio seno se contradicen y terminan por destruirlo.

Marx demuestra ambas tesis mediante su estudio acerca de la enajenación capitalista, del *plusvalor*, de sus teorías acerca del origen del capital y del interés, de sus observaciones sociológicas acerca del porvenir de la civilización maquinista, etc.

La contradicción fundamental del capitalismo es la acumulación y creciente concentración de las fuerzas capitalistas. Las empresas se concentran progresivamente. Ello es origen de su antítesis: la progresiva depauperación del proletariado. De ahí las crisis capitalistas, donde se manifiestan intermitentemente los resultados de esta contradicción, y la formación de la mentalidad revolucionaria, que intenta destruirlo operando desde fuera de las causas económicas intrínsecas.

La revolución marxista se planea en dos fases. La primera es la dictadura del proletariado, liquidando las clases antiguas, imponiendo un régimen económico colectivo, impulsando el progreso técnico. La segunda y definitiva es la instauración del comunismo, disolviendo al Estado —una vez que su coacción no es necesaria— y rigiéndose

por una disciplina universal consentida libremente, donde la sociedad ganará lo que el Estado pierde.

El régimen económico comunista consiste en establecer una planificación de la cooperación social, compatibilizar los *standards* de la ciudad y del campo, eliminando la distinción entre los mismos y llegando a suprimir las condiciones que hacen ingrata la división del trabajo.

Sobre esta base se establecen las condiciones que permiten la supresión de la familia y la innecesariedad psicológica de la religión.

La marcha de la actividad revolucionaria ha producido efectos muy complejos. El más notorio es que ha fracasado en los países capitalistas. La depauperación progresiva no ha sobrevenido, pero el capitalismo se ha transformado al tiempo que el marxismo se ha suavizado.

En el ejemplo de la revolución rusa se advierte, por otra parte, el éxito del marxismo. Lenin aplicó al antiguo imperio zarista las tesis de Marx. Descubrió la doctrina del imperialismo capitalista, que acusó el fracaso de la revolución en los países más adelantados económicamente. Pero concibió también la nueva estrategia revolucionaria, donde el Partido Comunista asume la función de formar activamente y de representar la conciencia proletaria. Dentro del Partido juegan papeles distintos los intelectuales, los obreros y los campesinos. Precisamente estos últimos formarán la nueva forja de la sociedad superadora del capitalismo y del proletariado conjuntamente. Al efecto, cita el autor el caso de la revolución china, que es obra de campesinos y que ha superado en diez años la fase socialista para penetrar ya decididamente —rebasando en esto a la propia URSS— en la fase comunista de la organización económica.

Después de estudiar las fases de la política económica rusa bajo la dominación comunista, el autor resume en una profunda serie de conclusiones las paradojas del marxismo.

El marxismo ha desarrollado un poder sin precedentes. Esto se opone a su primigenia depreciación teórica del Estado. Constituye una protesta contra un mundo de sufrimientos, pero su táctica no es nada suave. Tiene una visión de confianza en el mundo del porvenir, pero se apresura a organizarse para provocar por la fuerza ese advenimiento necesario. Aspira a la reunificación del mundo, pero enfrenta decisivamente todas sus fuerzas antagónicas.

Por otra parte, el marxismo entraña graves fallos. Crea una nueva enajenación técnica, una nueva enajenación económica, una nueva enajenación política, una nueva enajenación espiritual. De ello, aparece que, en el fondo, el comunismo es una nueva mística y una nueva fe, cuyos resultados no pueden ser estudiados aún, puesto que no son definitivos.

A. SÁNCHEZ DE LA TORRE.